

¡CUBANO MIRA BIEN ESTA FOTO!





¡Y LA MUERTE BAJO DEL CIELO!

La Sierra Maestra no era sólo el más pronun-
ciado cordón montañoso de Cuba. Era la
residencia de millares de cubanos que, en las
laderas de las empinadas cumbres, habían es-
tablecido sus hogares, fomentado sus siembras,
engendrado y criado a sus hijos.

No importaba que sus casas fueran bohíos
miserables; eran su hogar. No importaba que
sus retoños no tuvieran escuelas, zapatos ni li-
bros; eran sus hijos. No importaba que el tra-
bajo fuera agotador; era el medio de ganar
el sustento. Y así vivían relativamente felices.

Pero se inició la contienda entre un puñado
de buenos cubanos y las fuerzas represivas del
régimen. El guajiro de la sierra dio su ayu-
da generosa al revolucionario, compartió con
él su maíz y su vianda, su café y su hamaca. Y
lo hizo porque sabía que así laboraba por una
Cuba mejor.

Entonces llegó un día aciago. Por encima de
los montes, allá cerca del cielo, aparecieron
—roncando— unos pájaros mecánicos. Los
campesinos miraron curiosos a los que así vío-
laban la serenidad del firmamento ya que es-
te era para ellos un espectáculo inusitado.

Pero de los aviones se desprendió algo. Y
cuando ese algo llegó a tierra explotó con un

Foto: BOHEMIA

Texto: Luis Rolando Cabrera

ruido infernal. Los fragmentos de metralla
destruyeron los maizales, quebraron los café-
tos, abrieron enormes cráteres en las tablas de
yuca y en los verdes bonitales. Hombres, mu-
jeres y niños corrieron despavoridos hacia sus
bohíos en busca de protección. Pero éstos no
podían resistir el impacto de las bombas que
seguidamente cayendo, cayendo, cayendo...

Los hombres abrazaron a sus hijos como si
quisieran protegerlos con su pecho de la me-
tralla que arrasaba sus cosechas y mataba a
sus animales. Pero las bombas de Batista les
alcanzaban también a ellos. ¡Y la sangre de los
ancianos se confundió con la de los adolescen-
tes, con la de las mujeres y los niños!

Así murieron, en los continuados bombar-
deos, cientos y cientos de cubanos, de nobles
guajiros de la Sierra Maestra.

La foto muestra claramente una de esas es-
cenas dantescas. El anciano ha cerrado los
ojos, ya en el sueño sin regreso de la muerte.
Y a su lado: dos niños muertos, destrozados

por la metralla. Uno de ellos —de dos años
escasos— muestra en la espalda el enorme
boquete abierto por un fragmento de bomba.

No eran enemigos, ni siquiera combatientes;
eran niños. ¡Y Batista ordenó su exterminio al
enviar sus aviones a bombardear las tierras
de la Sierra Maestra! Así, por días y días, so-
bre las zonas antes productivas de la cordille-
ra, se entronizó el luto, reinó el llanto, se hi-
zo visita diaria la muerte.

¡Cubano, mira bien esta foto! ¡Guárdala pa-
ra que la vean tus hijos y los hijos de tus hi-
jos! Les enseñará a odiar las dictaduras; les
enseñará que es preciso evitar que sobre nues-
tra tierra vuelvan a gobernar hombres como
Fulgencio Batista, el déspota sanguinario que
sembró la muerte en los campos y en las ciu-
dades de Cuba, ordenando ametrallar a cam-
peños y ciudadanos indefensos.

Y ahora que una vida nueva se inicia para
la patria que padeció tanta agonía, esperemos
que sus beneficios alcancen a los guajiros de
la sierra y de los llanos; a los que todo lo die-
ron generosos; para que así, los hermanos de
estas pobres criaturas masacradas por la dic-
tadura, crezcan en una patria distinta y tengan
ante sí un futuro mejor.

¡CUBANO MIRA BIEN ESTA FOTO!



¡Y LA MUERTE BAJO DEL CIELO!

Foto: BOHEMIA
Texto: Luis Rolando Cabrera

A Sierra Maestra no era solo el más prominente de los cerros montañes de Cuba. Era la cuna de un ejército de milicias que, al haberse establecido sus hogares, fomentado sus aldeas, sus escuelas, sus hospitales, sus centros culturales. No importaba que sus casas fueran bohíos miserables; eran su hogar. No importaba que fueran de barro y que se pudieran quemar; era el medio de ganar el pan. No importaba que fueran de barro y que se pudieran quemar; era el medio de ganar el pan. No importaba que fueran de barro y que se pudieran quemar; era el medio de ganar el pan. No importaba que fueran de barro y que se pudieran quemar; era el medio de ganar el pan.

por la metralla. Uno de ellos —de dos años escasos— se resaca en un fragmento de bomba. El otro, un niño de unos años, se resaca en un fragmento de bomba. El otro, un niño de unos años, se resaca en un fragmento de bomba. El otro, un niño de unos años, se resaca en un fragmento de bomba.

Los hombres abarrotaron a sus hijos como si fueran animales. Pero los bombas de Batista los arrastraba ante sus ojos, los arrastraba ante sus ojos, los arrastraba ante sus ojos. Los hombres abarrotaron a sus hijos como si fueran animales. Pero los bombas de Batista los arrastraba ante sus ojos, los arrastraba ante sus ojos, los arrastraba ante sus ojos.

La foto muestra claramente una de esas escenas dantescas. El anciano, los cerrados los ojos, se inclina sobre el niño herido. Y a su lado: dos niños muertos, destrozados por la metralla.

Y ahora que una vida nueva se inicia para Cuba, que una vida nueva se inicia para Cuba, que una vida nueva se inicia para Cuba. Y ahora que una vida nueva se inicia para Cuba, que una vida nueva se inicia para Cuba. Y ahora que una vida nueva se inicia para Cuba, que una vida nueva se inicia para Cuba.